

La actividad artística como forma especulativa

Casi todas las formas de trabajo en la actualidad responden a un mecanismo financiero de intercambio donde no sólo la plusvalía en términos marxista sigue siendo la norma, sino que además se ha ido sumando en el último siglo una *dimensión social* a dicha plusvalía —de integración, de educación, de funcionalidad en términos de gobierno— y que el sentido de trabajo antes no poseía, no al menos en los extremos y de la forma presente. La oposición marxista entre valor de cambio y valor de uso se ha modificado, a partir de una dimensión financiera y del trabajo corporativo, de manera tal y a un tal extremo que funcionamos como si se hubiese asignado una cuantificación al valor de uso.

La única actividad humana que escapa a esta dimensión financiera y laboral, es decir, la única actividad que, si bien tiene aspectos financieros y corporativos, aun así, no se halla dominada por ellos, es la que podríamos indicar como actividad *artística*. Las razones de esta liberatoria no son, creo, ni éticas ni políticas ni ideológicas, es más, no responden siquiera a una decisión voluntaria o a una estrategia individual: constituyen el resultado de una serie de factores, algunos conocidos, otros azarosos, otros fortuitos, otros desconocidos. De cualquier manera existen cuatro características principales y visibles —lo más correcto sería hablar de dimensiones— de la actividad artística tal como la concebimos aquí.

La primera característica es la de la intuición y el don. La elección y el *timing* —no comercial sino personal y creativo— constituyen los resultados, eficaces o fracasados, de aquello que el don y la intuición aportan. Sobre qué cosa se trabaja, se especula y cuándo y cómo: he allí aquello que aporta el don y la intuición. Y el aspecto contra-productivo de esta situación, como el lector

seguramente ya sospecha, es la condición de influencia: eficaz o fracasado el resultado de la intuición y el don afectan las decisiones por venir. Por ello también la medida de vanguardia, de riesgo y de radicalidad, se entienden a partir de el don y la intuición.

La segunda característica, en relación directa con la primera, pues en gran medida está allí su *motor*, es la de la motivación y la certitud. La veracidad o eticidad de lo eventual, de lo posible, es algo completamente inútil y desproporcionado en la actividad artística entendida como forma de especulación. De allí que cuando decimos certitud no se refiera a algo eficaz en términos morales o comerciales, sino simplemente a un mecanismo de ensayo y error personal. Esta dimensión tiene una relación directa con las nociones de permanencia, resistencia y perdurabilidad. La eficacia, la instrumentalidad y el funcionalismo personales, tienen una relación directa entonces no sólo con esta segunda característica, sino asimismo con la manera y formas con que la intuición y el don pueden ser implementados. E insisto: la eficacia, instrumentalidad y funcionalismo, no se refieren aquí a *éxito* alguno, sino a la manera en que el error o el acierto se presentan y son entendidos. La confianza en un concepto especulativo, su exploración y desarrollo, la capacidad con que genera otras nociones, la plasticidad para aplicarlo a una cosa u otra y, sobre todo, la posibilidad que el mismo diga, *signifique*, algo que no tenía expresión aun.

La tercera característica de la actividad artística vincula dos nociones que son recurrentes entre sí: la creatividad y la imaginación. Estas perspectivas tradicionales y ya largamente exploradas se presentan como complementarias una de la otra: la imaginación posibilita la creatividad de modo equivalente a cómo los productos de la creatividad empujan los límites de la imaginación. Esta característica no es sólo personal, sino asimismo *social* en el individuo, es decir, funciona de modo educativo, pedagógico, en términos grupales o institucionales. Todos los aspectos de cambio, evolución y modificación en la actividad artística se hallan en relación con esta característica. La elección de una teoría o concepto

en términos especulativos, la pertinencia de un sistema o esquema, son ejemplos de esta característica.

La cuarta y última característica es la del trabajo y la disciplina, es decir, la de la estrategia y la logística. Esta característica constituye en realidad la implementación de la tres anteriores o, mejor dicho, la coordinación de la características anteriores entre ellas: dicha tarea es lo que podríamos llamar trabajo y a su consecución en el tiempo le podríamos indicar como disciplina. Nuevamente aquí estamos frente a un aspecto *social* y no sólo personal, es decir, a una dimensión donde la valuación social tiene un peso considerable y no puede ser ignorada o, dicho más correctamente, el ignorarla constituye una estrategia pero no se puede no saber que se lo está haciendo. Cómo y cuándo especular sobre una cosa, con qué conceptos, con qué teoría, con qué sustentos sistemáticos: la coordinación crítica de estos elementos es aquello que indicamos como trabajo y disciplina.

Saint Genès, abril 2011.